

¿quién sería el desequilibrado que abandonase el taller que lo enriquece, la fábrica que lo viste, la escuela que lo civiliza y la rica tierra que lo alimenta para ir en pos de un revolucionario sin conciencia y para entregarse al bandidaje y á trastornar el orden público? La gente honrada y laboriosa se levantaría como un solo hombre y sin auxilio de la Federación tomaría al loco revolucionario y lo colgaría en el primer árbol que encontrase.

El patriotismo, señores, hace maravillas. Esperemos mejores y más hermosos tiempos para la República y mientras tanto sepamos, señores, honrar dignamente á la Nación. Todo por amor á la madre patria, y por ese santo amor que hemos glorificado en esta vez seamos honrados, trabajadores, pacíficos, amantes del progreso; cambiemos nuestras tradicionales costumbres y almacenemos lo mejor de los pueblos más cultos del Orbe para que, como el Japón, en poco tiempo nos hagamos grandes en la paz y en la guerra,

Septiembre de 1905.

TOMÁS GARCÍA.

EL GRITO DE INDEPENDENCIA

(Recuerdos de mi infancia).

Allá en las horas más dulces
De mi fugitiva infancia,
Sirvióme de cuidadora
Una mujer muy anciana,
Con su rostro todo arrugas,
Su cabeza toda canas
Y su corazón tranquilo
Todo bondad y esperanzas.

De noche junto á mi lecho
Mil historias me contaba
De geniecillos y ninfas,
De tragos y de fantasmas.
¡Pobrecilla! cuántas veces
En estas noches amargas
En que repaso tristezas
En mi alcoba solitaria,

Al oír que de la torre
Vuelan en lentas parvadas
Las mismas horas que entonces
Pasé á su lado tan gratas,
He pensado en ella y visto
Llegar su sombra á mi estancia
Pretendiendo como en antes
Secar con cuentos mis lágrimas!

En cierta vez, casi enfermo,
La fiebre me devoraba,
Y en mi delirio quería
Para volar tener alas.
"Dámelas tú:"—grité altivo—
"Tú, nunca me niegas nada:"
—"Es verdad, nada te niego,
Pero no sufras, ten calma,
Las alas que Dios te ha dado
Las tiene tu ángel de guardia;
Esta noche se las pido
Y te las daré mañana."

Nunca le faltó manera
De responder á mis ansias,
Y siempre al verme llorando,
Con la paciencia más santa,
Me dijo tales ternuras
Que aún me conmueven el alma;
Ella, que al velar mi sueño
De puntillas caminaba
Y porque rumor ninguno
A mis oídos llegara
Iba á sosegar al péndulo
De un viejo reloj de sala;

Ella, que jamás hubiera
Permitido á gente extraña
Lanzar un débil suspiro
A dos pasos de mi cama;
Que en balcones y rendijas
Cortaba al aire la entrada
Y por no causarme susto
Rezaba siempre en voz baja;
Una noche fué á mi lecho
Alegre y entusiasmada
Diciéndome:—ven, despierta,
Ya es hora.... no tardes.... anda!

Sobrecogido de miedo
Yo le pregunté ¿qué pasa?
—Ya lo sabrás cuando escuches
El vuelo de las campanas,
El tronar de los petardos
Y el disparo de las salvas.

Abrigado hasta los ojos
Salí con la pobre anciana,
Y un sueño del paraíso
Me fingió lo que miraba.
Desde las enhiestas torres
A las humildes ventanas,
Lo mismo en extensas calles
Que en las más estrechas plazas,
Faroles y gallardetes,
Banderolas y oriflamas
Con los hermosos colores
De la bandera de Iguala.
Y al escuchar tantos gritos,
Tantos himnos, tantas dianas,
El rumor de los repiques
Y el estallar de las salvas,
En brazos de mi niñera
Lloré sin saber la causa.
—Lloras de placer, me dijo,—
Esta es una fiesta santa,
La sola fiesta que alegra
Mi corazón y mis canas.
"Hoy es quince de Septiembre.
Y en esta noche sagrada,
Hace cuarenta y cuatro años,
Si mi memoria no es mala,
Un cura humilde en Dolores
Hizo nacer á la Patria.
Cuando era yo jovencita
Mi padre, que en paz descansa,
Me traía de la mano
En esta noche á la plaza
Para repetir con todos
Los que aquí gozan y cantan,
El grito de independencia

Que repercute en el alma;
Mi padre, mi pobre padre,
Fué soldado de Galeana;
Pero mira.... allí está el héroe
Alcé mis ojos con ansia
Y vi un inmenso retrato
Entre lucientes guirnaaldas
Bañado por los reflejos
De las luces de Bengala.

Un rostro apacible y dulce,
Una frente limpia y ancha,
Una mirada de apóstol,
Una cabeza muy cana....
Era Hidalgo, el Padre Hidalgo,
El salvador de la Patria!

¿Lo ves? me dijo temblando
De regocijo la anciana....
—Sí, le respondí, sintiendo
No sé qué dentro del alma,
Y entonces á un mismo impulso
Con las manos enlazadas,
Nos pusimos de rodillas
Llenos los ojos de lágrimas.

JUAN DE DIOS PEZA.

LA CORREGIDORA DE QUERÉTARO.

DOÑA María Josefa Ortiz nació en la ciudad de México por los años de 1776 y 1777.

Sus padres, de origen español, fueron Don Juan José Ortiz, capitán de un regimiento de las Amarillas, al servicio virreinal, y Doña Manuela Girón.

Hija única de aquel matrimonio, la niña María era el encanto de sus padres y la alegría de su tranquilo hogar.

La Sra. Girón murió cuando su hija contaba apenas unos cinco años; y el padre, al salir á campaña para la frontera del Norte, tuvo que separarse de su pequeña María, dejándola en la capital al cuidado de unas parientes lejanas: las Señoras González.

Al principio recibían mensualmente los elementos pecuniarios indispensables para atender á las necesidades de la niña, que vivía en

aquella casa hospitalaria con relativa comodidad.

Pero después no llegaron á México las remesas del capitán Ortiz, que quizá murió en la guerra con los indios; y entonces comenzaron las penalidades de la niña huérfana.

Sin poder hacer gasto alguno, la niña vió sus vestidos destrozados, y rotos sus zapatitos; tuvo que andar descalza é ir á la cocina para ayudar á las criadas en sus trabajos cotidianos.

Allí principió á conocer las miserias del pueblo, y desde tan temprano aquel espíritu delicado comenzó á templarse para el infortunio y los pesares.

Visitaban á la sazón aquella casa los esposos Domínguez, é impresionados por el aspecto agradable y simpático de aquella pobre niña, quisieron conocer su historia.

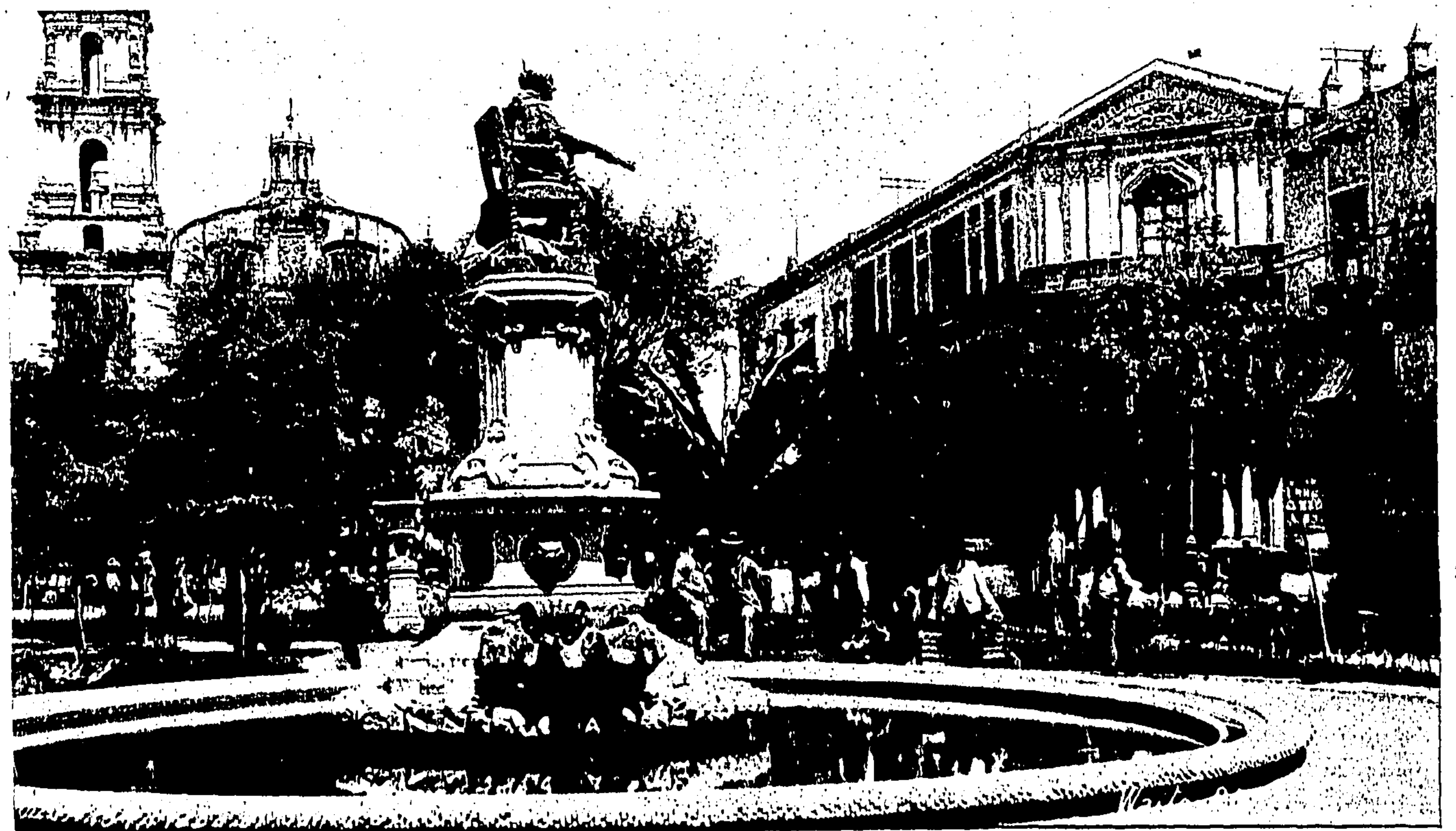
Con el permiso de las Sras. González, los esposos Domínguez, decidieron proteger á María Josefa, colocándola como interna en el Colegio de las Vizcaínas (1789).

En aquel Instituto se educó María, y en 1791 era una joven robusta, inteligente, hermosa y que revelaba en todas sus acciones un profundo sentido moral.

Por aquella época murió la esposa de Don Miguel Domínguez, el cual, después de algún tiempo, conociendo las virtudes de su protegida, solicitó de ella misma su mano, y aceptado, los casó en secreto el Arzobispo Lizana, y fueron á vivir á la casa de los Arboles, en Atzacapotzalco.

En distinguida fiesta, María Josefa Ortiz fué presentada á la sociedad de México, que la recibió en su seno con gran júbilo, pues eran bien conocidas sus relevantes prendas personales. No obstante, ella prefirió á la vida de la Corte, la vida pacífica de su casa de campo en Atzacapotzalco.

Allá conoció la vida del indio pobre, que siempre halló en la Casa de



Estatua de la Corregidora (Jardín de Santo Domingo, México).